



En proceso...

Una serie de reflexiones pastorales de cinco semanas

Reflexión Pastoral #2

Las historias que contamos

Con los años, el ministerio me ha enseñado algo simple pero profundo: las preguntas que hacemos determinan las cosas que notamos. He descubierto que hay otra verdad que le sigue de cerca. Las cosas que notamos moldean las historias que contamos. No siempre entendí eso. De hecho, tuve que aprenderlo de la manera más difícil.

Al principio de mi ministerio sinodal, mientras servía como Obispa Auxiliar, creé una serie de mapas que clasificaban a las congregaciones de nuestro sínodo. Usando información como la asistencia al culto y el personal pastoral, identificamos congregaciones con diferentes colores para entender dónde podría necesitarse apoyo y recursos.

En ese momento, se sentía como buen liderazgo. Y, en muchos sentidos, lo era. Los líderes necesitan buena información. Tenemos la responsabilidad de entender las realidades sobre el terreno, administrar los recursos con sabiduría y tomar decisiones pensadas.

No me arrepiento de haber querido mejores datos. Sí me arrepiento de la historia que esos datos poco a poco comenzaron a contar. O, quizás más honestamente... la historia que yo comencé a contar. Sin darme cuenta, había comenzado a ver a las congregaciones principalmente a través del lente de lo que les faltaba. Asistencia. Capacidad financiera. Sostenibilidad pastoral.

Esas cosas importaban. Pero, con el tiempo, se convirtieron en la historia dominante. Las congregaciones dejaron de ser simplemente comunidades que buscaban seguir a Jesús. Se convirtieron en congregaciones que tenían éxito... o que luchaban. Que crecían... o que declinaban. Sanas... o enfermas. Los mapas medían algo real. Pero no contaban toda la verdad.

Mirando atrás, lo que más me humilla es que debería haber reconocido lo que estaba pasando. Años antes había estudiado la teoría de sistemas familiares, que me enseñó que las preguntas que hacen los líderes moldean profundamente la vida de un sistema. El liderazgo sano no consiste en ignorar los problemas. Consiste en negarse a permitir que los problemas se conviertan en la única historia.

En algún momento del camino, olvidé eso. Las presiones del liderazgo me empujaron hacia lo que era más fácil de medir. Y, antes de darme cuenta, las mediciones se habían convertido en narrativas.

Con el tiempo, me di cuenta de que necesitaba comenzar a hacer preguntas diferentes. No porque las preguntas anteriores fueran incorrectas, sino porque eran incompletas. En lugar de comenzar con: "¿Puede sobrevivir esta congregación?", comencé a preguntar: "¿Dónde está Dios ya obrando en esta congregación?" Todo comenzó a cambiar.

Cuando visitaba congregaciones, notaba cosas distintas. Notaba a la maestra jubilada que en silencio guiaba a padres jóvenes. Notaba a un grupo de miembros que preparaban comidas cada martes para vecinos a quienes conocían por nombre. Notaba a líderes laicos que nunca habían ido al seminario, pero que poseían una sabiduría extraordinaria. Notaba congregaciones con asistencia reducida, pero con generosidad creciente. Notaba gozo. Esperanza. Creatividad. Resiliencia.

Los desafíos no habían desaparecido. Pero tampoco el Espíritu Santo. Por primera vez, comprendí que cada congregación lleva al menos dos historias. Está la historia de sus desafíos. Y está la historia de la fidelidad de Dios. Ambas son verdaderas. La pregunta es cuál historia se convertirá en el lente a través del cual nos vemos unos a otros.

He llegado a creer que una de las responsabilidades más importantes de un líder es ayudar a las comunidades a contar historias verdaderas. No historias optimistas que nieguen la realidad. No historias pesimistas que nieguen la gracia. Historias verdaderas. Historias que reconocen honestamente la lucha, mientras permanecen abiertas a la resurrección. Después de todo, nuestra fe se basa en la convicción de que la muerte nunca tiene la última palabra. ¿Por qué habrían de ser diferentes nuestras congregaciones?

Pienso en Jesús. Él nunca ignoró el sufrimiento. Vio la pobreza. El conflicto. El miedo. La enfermedad. El duelo. El pecado. Pero esas realidades nunca fueron toda la historia.

También vio personas en proceso. Vio discípulos donde otros veían pescadores. Vio generosidad en dos pequeñas monedas. Vio posibilidad en personas a quienes otros ya habían descartado. Jesús se negó a permitir que el quebranto se convirtiera en la historia definitiva de nadie. Quizás esa es una de las razones por las que la gente encontraba esperanza en su presencia.

En estos días, cuando visito una congregación, llevo un mapa muy distinto. No tiene colores. Ni clasificaciones. Ni etiquetas. En cambio, está lleno de preguntas. ¿Dónde está Cristo ya obrando aquí? ¿Dónde están las personas creciendo como discípulos? ¿Quién está emergiendo silenciosamente como líder? ¿Dónde se están sanando las relaciones? ¿Cómo está esta congregación bendiciendo a su comunidad? ¿Dónde alcanzo a ver la resurrección?

Esas preguntas no borran las realidades difíciles. Simplemente me ayudan a recordar que la actividad de Dios también es parte de la historia. Y eso lo cambia todo.

Quizás por eso las Escrituras cuentan historias en lugar de simplemente darnos estadísticas. Las historias nos invitan a ver. Las historias moldean nuestra imaginación. Las historias nos ayudan a descubrir en quiénes nos vamos convirtiendo.

Como líderes, siempre contaremos historias. La pregunta es si nuestras historias dejan espacio para el futuro sorprendente y lleno de gracia que Dios ya está haciendo florecer. Porque las cosas que notamos moldean las historias que contamos. Y las historias que contamos moldean a las personas en quienes nos estamos convirtiendo.

+Obispa Sue